
Poemas / Ana BelÃ©n LÃ³pez

Cedro blanco.

Â

Cedro blanco para la mesa.
Sin clavos.

Cedro blanco para sostener
los platos
los vasos
los libros.

El cuerpo en una esquina.

Cedro blanco para sostener
las flores
el cuerpo
la esquina.

Â

La silla estÃ¡ en el lugar de la mesa

una luz entra por la ventana
hacia el hueco que dejÃ³

los pÃ©talos de las flores
cayeron
podridos
se pintaron de cafÃ©

el mundo suena mÃ¡s sordo
mÃ¡s lento
mÃ¡s quedo
mÃ¡s constante

las voces anuncian
lloran
lamentan

me llevan a mi propia
madeja.

Â

Un vestido se desliza por el cuerpo.

Al cruzar las rodillas
detiene el olor de su textura.

No son los colores de la noche
son los hilos de su trama
los que cruzan la oscuridad.

Detenida, tambiÃ©n
la memoria ata sus manos a los tobillos.
Un olor a vino
cruza la puerta
un olor a perfume
sale por la ventana
un olor a sudor se detiene en el cuerpo
las piernas
rasgan el Ãºltimo pedazo de seda.

Â

El Ãrbol de flores amarillas.

Brazos extendidos
hacia el horizonte.

Hacia la pupila
de la cÃmara que fija su tallo
en la cabeza del niÃo que lo escala.

La historia del Ãrbol
se terminÃ³ cuando arrancaron sus raÃces
desde el centro de la casa

y la rama moribunda
rompiÃ³ el vidrio de la ventana.

Â

La silla, contra la silueta,
contra la luz,
se borra despacio
mientras alarga la sombra
de la tarde que regresa.

Tengo una silla roja.

Tengo un gato sobre la silla.

Tengo un aÃo y una maÃana.

Tengo la sombra alentÃndome a seguir.

Otro aÃo. Sentada sobre una silla roja
para escribir sobre su silueta.

Â

EncontrÃ© un mapache en mi camino al faro.

Instintivamente frenÃ© antes de ver
el bulto en la banqueta.
Estaba muerto, tal vez atropellado.
La peste del cuerpo se extendÃa
mientras las moscas zumbaban
alrededor de su antifaz.
SentÃ- pena.

Un animal muerto, estÃ frÃo, aunque tenga pelaje.
Lo supe cuando acariciÃ© a mi gato moribundo
y sentÃ- su cuerpo frÃo.
Su pupila se dilatÃ³ y cerrÃ© sus ojos.
Es extraÃo, pensÃ©, hace tanto calor
y estÃ frÃo.

No hubo nadie para cerrarle los ojos al mapache.

Â

Una flor deshidratada.

La luz golpeando el ventanal.

La cera de una vela que chorrea despacio.
El brillo del polvo en la luz.
El sonido diferente de la mañana.
Un jardín que despierta lejos del mar.

Una silla vacía, una taza roja.
La música de un radio que se apagó hace años.
Cosas simples.

Ni visibles
ni palpables.